

Los lugares

Elena Medel

Media jornada en avión separa España de Latinoamérica. Internet ha eliminado las barreras, aunque sólo en la práctica: muchos preferimos la lectura tradicional en papel a fomentar, ordenador mediante, nuestra miopía. Muchos poetas españoles jóvenes reivindican a maestros latinoamericanos —Rafael Cadenas, Hugo Mújica, Antonio Cisneros—, y es frecuente la presencia de veteranos españoles en los festivales poéticos de Nicaragua, Colombia, Argentina. Pero, ¿cuál es la relación entre los nuevos escritores de aquí y de allá? Precisemos: ¿existe algún tipo de contacto, de diálogo, de intercambio de poemas y lecturas? Me temo que la respuesta no cede su turno al optimismo.

Con apenas cuatro meses de diferencia se publican *El faro*, de Guillermo López Gallego (Madrid, 1978), y *Útil de Cuerpo*, de Javier Norambuena (Santiago de Chile, 1981). Se trata, en ambos casos, de un primer libro escrito por un autor ya vinculado a la literatura: López Gallego es traductor, Norambuena trabaja en una edición crítica de Winett de Rokha. Y basta de coincidencias: tanto *El faro* como *Útil de Cuerpo* se entrecruzan en su desarrollo, presentan como nexo de unión una poética del lugar. Sin embargo, el lugar de *Útil de Cuerpo* es un sitio físico, más bien carnal, mientras que el de *El faro* se concentra en la geografía y el espíritu. El primero se proyecta desde lo individual a lo común; el segundo camina por la senda contraria.

En la poesía de Javier Norambuena el cuerpo se transforma en espejo, fiel o deformado. Se alza como retrato de un estado de ánimo, pero también adopta el papel de personaje independiente en el poema; se concibe como un material sagrado —«la noche

Guillermo López Gallego: *El faro*. Pre-Textos, Valencia, 2008.

Javier Norambuena: *Útil de Cuerpo*. Mantra Editorial (colección «bajo el arcoiris de fuego»), Santiago de Chile, 2007.

tan/ fría y sola tan/ mustia que quisiera ofrendarle mi cuerpo»—, místico y mítico —Edipo, Iocasta y Alcibíades nombran sus poemas—, y al mismo tiempo mundano, perteneciente a la rutina. «se caen los pies/ los ojos/ los dientes/ formo otro cuerpo», leemos en «Hipólito». El cuerpo exhibe su fortaleza en cuanto a que actúa y realiza actividad, y se desmorona frágil cuando siente y se le impide obtener eso que desea. «déjame besarte apasionadamente en la boca o/ frente a un muro o delante de lo que/ tú decidas poner y yo te/ mostraré mi cuerpo como/ prueba de fe (...)». Ese obstáculo, esa zancadilla, enlaza con el que es —a mi juicio— el aspecto más llamativo de *Útil de Cuerpo*: el trabajo con el lenguaje, la capacidad de experimentación sintáctica y léxica, de quebrar el discurso, reinventar los significados y nombrar según el antojo del poeta; la cita de apertura, de Eduardo Milán, cobra sentido.

Si en el primer bloque, «jardín de pelitos», lo concreto es el cuerpo, el último poema de esta parte, «juvencio», inicia una transición hacia otro aspecto a veces exacto y material, en ocasiones volátil y abstracto: el de la palabra. «troquel», la segunda parte, alude a la máquina que recorta con precisión, y fragmenta desde lo contrario: un poema situado junto al margen de la página, dejando la otra mitad del papel en blanco, eliminando —una constante en el poemario— signos de puntuación y desarrollando una reflexión alucinada, nacida de lo no consciente, pues la búsqueda de la identidad —que es la búsqueda del interior del cuerpo— no es asunto de la lógica. «escribo el cuerpo todas las mañanas (...) nunca ha sucedido mi nombre», y se da paso a «inmóvil», el último tramo de *Útil de Cuerpo*, en que una parte del cuerpo, la «mano», «escribe de corrido la canción del nombre», compila el espíritu de *Útil de Cuerpo* en poemas en prosa, muy breves, que se presentan independientes pero están unidos por la experimentación, por la libertad del decir, que es también la libertad del cuerpo.

Frente a la letanía rota de Javier Norambuena situamos la austeridad descriptiva de Guillermo López Gallego; el largo aliento de uno se contrapone a la precisión al límite del otro, ganando al haiku en extensión pero igualándolo en espíritu, como si obedeciera a su propia escritura y deseara «ser chino en

un poema». Conviene leer *El faro* con las gafas de sol cerca: es un libro de destellos. «El anciano del traje oscuro/ avanza de la mano/ de la Guerra Civil», «la piedra amarilla de la mampostería/se convierte en cielo/ gradualmente»... Imágenes raras, contundentes como golpes, y que rompen la monotonía —así es la vida, pensamos— de una obra cuya mirada dura en función del parpadeo: mira con prismáticos hasta que el ojo se cierra, y vuelta a empezar.

Los poemas de *El faro* justifican su título: iluminan el entorno, apuntan con su luz a escenas concretas. Asombra por su extraño costumbrismo; porque quienes transitan de poema en poema deambulan igual que actuarían un coro trágico, y reflejan en su calma la rutina de todos. Los personajes de *El faro* —no cabe la primera persona y, sin embargo, es una obra particularísima, muy hecha, firme— caminan, charlan, respiran, como si el mundo no sucediera más allá de «la piedra amarilla de la mampostería». Resulta paradójico que, al mismo tiempo que un hombre almuerza en el primer texto, «las moscas/ esperan/ y al otro lado del mundo/ ha comenzado la guerra». Sólo hallamos el punto al final del poema, cuando abandonamos el lugar del texto y su tranquilidad fuera de calendarios y relojes, y nos topamos de bruces con esa realidad más allá.

Imaginamos los poemas de López Gallego escritos a lápiz, reflejando una actitud igual que se dibujaría. Objetivos e imprecisos, estáticos, el golpe se asesta en los versos últimos: en el conjunto de poemas titulado como el libro, «las gaviotas encuentran/ mucho más económica la basura», la mujer que aguarda a sus hijos en el apartamento espera también «para volver cuanto antes/ a la cabecera del padre que agoniza/ a esperar el sarcasmo de la muerte»... El faro ilumina el entorno, pero también rescata lo que la falta de luz oculta, y es que recibimos *El faro* como un libro-iceberg: sus metáforas insinúan, su mensaje se percibe entre la marea. López Gallego arriesga, deslumbra con un poemario atípico, viene —igual que Javier Norambuena— para quedarse.

¿Se leerá *Útil de Cuerpo* en España? ¿Alcanzará Chile *El faro*? Nada impide que el lector del otro lado conecte con estos poemas, que Norambuena y López Gallego obtengan el eco justo en el país del otro. Media jornada en avión separa España y Latinoa-

mérica; unos días por correo, unos segundos en cualquier buscador. Es una cuestión de voluntades –del editor, del distribuidor, del lector– que los lugares de *Útil de Cuerpo* y *El faro* coincidan ©